

Albert Heinekamp

Texto del Homenaje del 6 de Febrero de 1992 a su Memoria

Gerda Utermöhlen

(Hannover)

Veintiséis años de amistosa confraternidad profesional y colaboración plena de confianza en el Leibniz-Archiv me unen con Albert Heinekamp. Nos conocimos en la estrechez espacial de la vieja biblioteca, en la que los lugares de trabajo se apiñaban en sólo algunos escasos metros cuadrados - condiciones de trabajo difíciles, pero buenas a la vez para descubrir el ser humano en el colega. Y en Albert Heinekamp encontrábamos un ser humano que nos agradaba de manera muy peculiar: con franca amabilidad y cordialidad se dirigía a los demás, confiado en hallar o lograr despertar en quien tuviera enfrente la misma repercusión humana. Para los problemas ajenos disponía de una simpatía siempre dispuesta, y podía escuchar con atención, buen consejo y generoso altruismo; pero no quiso gravar a nadie con sus propios problemas. Su trato con los demás estaba unido a una gran y muy peculiar actitud de reserva - una modestia que ante todo se mostraba también en lo que había elegido como labor profesional: el servicio a la herencia leibniziana, a la exploración del *Nachlaß*, a la consolidación y difusión de las investigaciones leibnizianas. Parecería que el desinterés por sí mismo, tan habitual en él, le había predestinado para el trabajo

editorial, redaccional y bibliográfico, así como para la entonces creciente tarea de asesoramiento científico. Quería apoyar las investigaciones leibnicianas lo mejor que podía y con todos los medios que para tal fin había sido capaz de obtener. Y Albert Heinekamp logró de manera completamente discreta y enigmáticamente bien hallar los recursos necesarios para realizar muchas cosas, en primer lugar para ampliar con nuevos puestos y proyectos de investigación el entonces pequeño lugar de trabajo hannoveriano que heredara de su primer director, Kurt Müller. En verdad tal vez no sea esto para nada enigmático, sino el resultado de la elevada fuerza de convicción de un hombre que apreciablemente sólo deseaba alcanzar aquellas cosas para las que solía trabajar empleando todas sus fuerzas, con entrega y perseverancia inagotables.

Sin duda, para Albert Heinekamp no se trataba precisamente de un trabajo, sino de una tarea a la que amaba y afirmaba, a la que sus estudios filosóficos le habían conducido y a la cual - debemos decirlo ahora luego de su temprana muerte - se había dedicado con toda su alma de una manera excesivamente desmedida. Abandonaba su escritorio la mayoría de la veces cerca de medianoche. Una vez cumplida la tarea diaria, agregaba horas en las que podía trabajar con mayor concentración y sin ser perturbado. Si bien apenas tenía tiempo para realizar su propio trabajo editorial debido a su posición como Director de un Archivo Leibniz en expansión, a menudo estudiaba empero durante las últimas horas de la noche alguna difícil cuestión que había quedado pendiente en nuestras notas al texto. Si, al regresar a la mañana siguiente, hallábamos sobre la mesa la respuesta que él había descubierto, tenía yo la sensación de que ese fruto de la investigación nocturna era una información que él había recibido en una conversación espiritual de medianoche con el mismísimo Leibniz. Que Albert Heinekamp se sentía, en particular en esa segunda parte del día, unido al hombre al servicio de cuyo pensamiento se había colocado, me parece fuera de toda duda. Quien haya amado tanto como él el trato con los documentos originales, habrá experimentado cómo ellos cobran vida

en la magia del silencio y de la luz de la lámpara en medio de la oscuridad. Eran éstas también las horas de la conversación que sellaba la amistad con investigadores leibnicianos, quienes - llegados algunos de muy lejos - aprovechaban con agradecimiento la oportunidad, bajo la tutela del trabajador nocturno Albert Heinekamp, de poder trabajar en el Archivo Leibniz aún después del cierre de la biblioteca.

Como director del mayor - y también el más central debido a los instrumentos de trabajo allí reunidos - de los tres sitios editoriales, recayó sobre Albert Heinekamp también el papel de tener que velar por los intereses de la edición completa de Leibniz, y lo hizo con mucho tacto y destreza con su manera tan personal y propia de influir sobre los seres humanos y convencerlos. Con ello buscaba procurar en lo posible que la unidad de la edición, a pesar de su escisión en tres lugares de trabajo muy alejados entre sí, permaneciera salvaguardada, y que las dificultades que en particular los colegas de Berlín Este debían enfrentar, no pusieran en peligro la continuación conjunta de la edición. Es difícil de aceptar que ahora que la reunificación alemana ha planteado nuevos y profundos problemas institucionales, tengamos que prescindir de su experiencia y de su ayuda.

De tantas cosas deberíamos hablar aquí: de los ocho volúmenes de la edición Leibniz publicados durante la dirección de Albert Heinekamp en Hannover, de la serie de publicaciones del Archivo Leibniz que creciera bajo su cuidado, de la segunda edición de la bibliografía leibniana que él elaborara, aumentándola al doble, como sucesión comprometida de Kurt Müller, de la creación de la biblioteca de investigación Leibniz. Habría que decir que gracias al amplio desvelo de Albert Heinekamp el Archivo Leibniz logró tener límites extensísimos. Lo hemos experimentado por el eco consternado, llegado desde los más diversos rincones del mundo, de la noticia desconcertante de su muerte. Hemos recibido muchas cartas tristes y más aún su familia, por la que tanto se preocupara, como ya no nos resultara un secreto en los últimos tiempos, luego de que la grave enfermedad de su esposa trajera tantas aflicciones a la familia.

Las cartas nos muestran cuántas amistades profundas había logrado Albert Heinekamp y cuánta admiración se le dispensara. Permítaseme divulgar una vez más parte de ese eco.

Una joven italiana escribe: “las palabras no alcanzan para expresar mi desconsuelo: los jóvenes investigadores de Leibniz hemos perdido no solamente un modelo y un maestro, sino también un amantísimo padre. [...] mi corazón está en la Landesbibliothek junto a toda la ‘République des Lettres’, y llora”.

Un joven francés escribe: “quisiera que supiera qué importante fue par mí. En un momento, en el que yo tenía muchas dudas sobre mi trabajo y mi capacidad para poder llevarlo a cabo, él supo, con su reservada amistad que pasaba por alto las distancias del respeto, devolverme el ánimo y la confianza.”

Un antiguo amigo desde París: “rara vez he encontrado a alguien que, como él, me transmitiera la impresión de estar frente a un ser humano cuya manera de considerar al mundo y tratar a las personas estuviera determinada por aquéllo en lo que creía profundamente. Le daba a la definición leibniziana de la justicia como el amor del sabio, un significado real, determinante de la vida cotidiana.”

En su gran poema funeral a la muerte de la reina prusiana Sophie Charlotte, Leibniz trataba de hallar consuelo en su filosofía. Albert Heinekamp ha amado este poema, como sabemos. Leamos un par de versos del mismo, para expresar en el lenguaje de Leibniz nuestra tristeza y la certeza de que no lo hemos de olvidar:

*Ein jeder Geist stellt vor den ganzen Bau der Dinge,
als ob die Fernung sich in einen Spiegel bringe,
nach jedes Augenpunkt, verdunkelt oder klar.
Er ist ein Bild, wie er ein Zweck der Schöpfung war.*

*So viel Weltbilder nun als Geister sind zu finden,
die manchen Gottes Reich, das Seine Sätze binden.
Wo Weisheit mit der Macht im höchsten Grade steht,*

das gibt ein Regiment, da nichts verloren geht.

*Die Seelen, die mit Gott in Einung können treten,
die fähig ihr Verstand gemacht, ihn anzubeten,
die kleine Götter seyn und ordnen was wie Er,
die bleiben Seines Staats Mitglieder immer mehr.*

Und werden nimmermehr, was sie nun seyn, vergessen.

Traducción: Alberto Guillermo Ranea